

San Jerónimo: la educación clásica

Roberto HEREDIA CORREA

RESUMEN: San Jerónimo, como todos los autores latinos cristianos de los siglos III y IV, se formó en la tradicional escuela pagana. Ésta le inculcó una gran afición por los autores clásicos y las bellezas del discurso, que lo acompañaría a lo largo de la vida. San Jerónimo ofrece abundantes testimonios de la influencia que la escuela ejerció en él. El autor de este artículo ofrece un esbozo de este aspecto de la personalidad de aquél, y lo ilustra con un grupo escogido de textos.

* * *

ABSTRACT: Saint Hieronymus, like all Christian Latin authors of the III and IV centuries, was formed in the traditional pagan school. This inculcated him a great liking for the classic authors and the beauties of speech, which would accompany him throughout his life. Saint Hieronymus offers abundant testimonies of the pagan school's influence in him. The author of this article offers an outline of this aspect of Saint Hieronymus' personality, and illustrates it with selected texts.

* * *

PALABRAS CLAVE: clásica, cristianismo, educación, gramática, Jerónimo, rétores.

RECEPCIÓN: 18 de septiembre de 2001.

ACEPTACIÓN: 5 de octubre de 2001.

San Jerónimo: la educación clásica

Roberto HEREDIA CORREA

El sistema educativo romano, organizado en tres ciclos —las escuelas del *litterator*, del *grammaticus* y del *rhetor*—, se había establecido firmemente desde los últimos años de la República y el principado de Augusto; y sobreviviría inmutable hasta los últimos tiempos del Imperio. Jerónimo fue moldeado en su espíritu y en su estilo literario por este sistema educativo; lo fueron casi todos los padres de la Iglesia latina de los siglos III y IV: Tertuliano, Arnobio, Cipriano, Lactancio, Ambrosio, Agustín.... Algunos de ellos fueron también profesores de retórica. El influjo de las enseñanzas de los gramáticos y rétores es patente en sus obras; y todos tienen en alta estima la instrucción que de ellos recibieron, por más que en algún momento de exaltación lleguen a abominar de las letras paganas y de la retórica, como de manifestaciones de un mundo idolátrico, indignas de los seguidores de Cristo.

Pero tal vez ninguno de estos autores sintió con mayor fuerza y en forma más persistente que Jerónimo la fascinación de la literatura pagana y los encantos de la retórica. Recuerda con emoción y temeroso nerviosismo en uno de sus escritos:

Para mayor asombro tuyo —se dirige a Rufino de Aquilea—, ahora que tengo la cabeza cana y muy calva, me veo a menudo en sueños preparado para declamar una pequeña controversia ante el rétor, con mi cabellera bien peinadita y ataviado con mi toga. Tan pronto como he despertado, me alegro de estar liberado de tal trance.¹

¹ *Et quo magis stupeas, nunc cano et recalvuo capite, saepe mihi videor in somnis comatulus, et sumpta toga, ante rhetorem controversiolam declamare. Cumque experrectus fuero, gratulor me dicendi periculo liberatum (Apol. adv. Lib. Rufini, I,30. Migne, XXIII, 422).*

Elio Donato, recordado cariñosamente por Jerónimo como “magister meus”, le había inculcado sin duda su propio amor por los autores clásicos y su devoción por las bellezas del discurso. Este gramático es justamente celebrado como promotor de aquel proyecto de recuperación y revisión de los autores clásicos latinos, en el cual se comprometieron miembros conspicuos de la aristocracia senatorial (Vettio Agorio Pretextato, Quinto Aurelio Símaco, los Nicómacos, etcétera) y algunos estudiosos de la literatura y las antigüedades romanas (Servio, Macrobio, Salustio, Niceo, etcétera).² Este programa de restauración de la tradición literaria latina, en tiempos que eran ya de abandono y olvido, tuvo su hogar en la urbe, y floreció en torno al llamado círculo de Símaco. Fue una manifestación del gran movimiento de reacción que recorrió el mundo pagano, ya moribundo, frente al avance del cristianismo y al fortalecimiento de sus instituciones, cuyo símbolo y caudillo fue el emperador Juliano, llamado “el Apóstata”.

La escuela, pues, había modelado el estilo de Jerónimo y, en buena medida, había conformado su estructura mental; y a lo largo de su vida él se mostró siempre apegado a las normas que en ella le habían inculcado. Sus referencias a los autores clásicos, particularmente a los autores latinos, se encuentran por doquier en sus obras: citas, alusiones, remembranzas, sobre todo de Virgilio y Cicerón; pero también de Lucrecio, Horacio, Salustio, Persio, Juvenal..., y de Homero, Platón, Demóstenes... Con gusto se refiere en muchos lugares a la retórica y a sus normas: algunas de sus cartas son verdaderos alardes de técnica escolástica; así, por ejemplo, la carta 14 (a Heliodoro), la carta 60 (a Heliodoro), llamada “Epitafio de Nepociano”, la carta 117, dirigida a una madre viuda y a su hija. Y en muchos lugares es manifiesto que la retórica afinó su “estilo” y coloreó su tinta para la polémica, la sátira, las descripciones, los elogios, los vituperios.

² Cfr. a este propósito: Rostagni, Augusto, *Storia della letteratura latina* (Torino, UTET, 1964, 3 vols.), vol. III, pp. 445 y ss.

Con estilo francamente escolástico se interroga y reflexiona, afligido por la muerte del joven Nepociano, en la carta 60:

¿Qué haremos, alma mía? ¿A dónde nos volveremos? ¿Qué trataremos primero? ¿Qué callaremos? Se te han ido de la memoria los preceptos de los rétores y, agobiada por el luto, oprimida por las lágrimas, ahogada por los sollozos, no atinas con el orden del discurso. ¿Dónde están aquellos estudios literarios practicados desde la infancia?³

El mismo Jerónimo nos proporciona un precioso testimonio, que es una verdadera confesión —con arrepentimiento y propósito de enmienda—, acerca de la atracción irresistible que ejercían sobre su espíritu los autores clásicos latinos, que él había aprendido a gustar y a imitar en la escuela de Donato. En la célebre carta 22 relata a su discípula Eustoquio un sueño que tuvo cuando se encontraba en las soledades del desierto de Calcis:

Te voy a contar la historia de mi infelicidad:

Hacía muchos años que me había privado de casa, padres, hermana, parientes y, lo que es más difícil que todo esto, del hábito de las comidas succulentas, por causa del reino de los cielos, y me había dirigido a Jerusalén para militar en el ejército de Cristo. No me era posible, sin embargo, privarme de mi biblioteca, que con inmenso amor y trabajo había reunido en Roma. Así pues, ¡miserable de mí!, ayunaba para poder leer a Tulio. Después de muchas noches de vigilia, después de muchas lágrimas, que el recuerdo de mis pecados de otro tiempo me arrancaban de lo más íntimo de las entrañas, tomaba en las manos a Plauto. Y si alguna vez, vuelto en mí, empezaba a leer a un profeta, su discurso inculto me horrorizaba; y, como no veía la luz con mis ojos enceguedidos, pensaba que la culpa no era de mis ojos sino del sol.

³ 5. *Quid agimus, anima? Quo nos vertimus? Quid primum adsumimus? Quid tacemus? Exciderunt tibi praecepta rhetorum et occupata luctu, oppressa lacrimis, praepedita singultibus, dicendi ordinem non tenes! Ubi illud ab infantia studium litterarum...?* (par. 5) El texto de las cartas se ha tomado de la edición publicada en la colección “Les Belles Lettres”.

Mientras así me burlaba la antigua serpiente, a la mitad de la cuaresma la fiebre penetró en mis médulas e invadió mi cuerpo exhausto, y sin tregua ninguna —lo cual es increíble aun de decirse—, de tal modo se cebó en mis miembros, que apenas me tenía en los huesos. Entre tanto se preparaban ya mis exequias; el calor vital de mi ánima, estando ya mi cuerpo totalmente helado, sólo palpitaba en mi pobre pecho apenas tibio. De repente fui arrebatado en espíritu ante el tribunal del Juez. Tanta era la luz y tan grande el fulgor por la claridad de los que estaban alrededor, que, arrojado en el suelo, no me atrevía a levantar los ojos. Interrogado acerca de mi condición, respondí que yo era cristiano. Y El que presidía el tribunal me dijo: “Mientes; tú eres ciceroniano, no cristiano. ‘Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón’ ”.

Entonces enmudecí. Y en medio de los azotes —porque había ordenado que me azotaran—, era atormentado más bien por el fuego de mi conciencia, al recordar dentro de mí aquel versículo: “¿Pero en el infierno quién te confesará?” Sin embargo, empecé a clamar y a lamentarme, diciendo: “Ten misericordia de mí, Señor, ten misericordia de mí”. Estas palabras resonaban en medio de los azotes. Finalmente, postrados de rodillas ante El que presidía, los asistentes le suplicaban que concediera perdón a mi juventud, que otorgara oportunidad de penitencia a mi error; que después habría de sufrir todo el castigo, si alguna vez leyere libros de literatura pagana. Y yo, que, agobiado por situación tan grave, deseaba hacer mayores promesas, empecé a jurar y a decir, tomando su nombre como testigo: “Señor, si alguna vez poseyere libros profanos, si los leyere, te habré negado”. Liberado, gracias a estas palabras de mi juramento, regreso a la tierra; y ante la admiración de todos abro los ojos, que estaban de tal modo bañados en lágrimas, que convencían de mi dolor aun a los incrédulos.

No fue aquello como un letargo ni como los sueños vanos que a menudo nos burlan. Testigo es el tribunal ante el cual me vi sometido; testigo es el juicio que me llenó de temor —¡Ojalá nunca me suceda sufrir semejante interrogatorio!—. Después del sueño tenía las espaldas amoratadas, sentía los azotes. En adelante leí los libros divinos con tanto celo como no había leído antes los escritos de los mortales.⁴

⁴ 29. ... *Referam tibi meae infelicitatis historiam.*

Se duda de la verdad “real” de este sueño. Jerónimo se proponía en esta carta convencer con todos sus recursos a Eustoquio de las excelencias de la vida monástica y de los peligros de la vida mundana. Pero es indudable que hay en él una profunda verdad biográfica. Muchos años después, en medio de la furiosa polémica que sostuvo con su antiguo amigo, y ya entonces aborrecible enemigo, Rufino de Aquilea, éste le echó en cara que había traicionado aquel juramento. Jerónimo contestó simplemente que, como se trataba de un sueño, el juramento no lo obligaba.

30. *Cum ante annos plurimos domo, parentibus, sorore, cognatis et, quod his difficilius est, consuetudine lautioris cibi propter caelorum me regna castrassem et Hierosolimam militaturus pergerem, bibliotheca, quam mihi Romae summo studio ac labore confeceram, carere non poteram. Itaque miser ego lecturus Tullium ieiunabam. Post noctium crebras uigilias, post lacrimas, quas mihi praeteritorum recordatio peccatorum ex imis uisceribus eruebat, Plautus sumebatur in manibus. Si quando in memet reuersus prophetam legere coepissem, sermo horrebat incultus et, quia lumen caecis oculis non uidebam, non oculorum putabam culpam esse, sed solis.*

Dum ita me antiquus serpens inluderet, in media ferme quadragésima medullis infusa febris corpus inuasit exhaustum et sine ulla requie —quod dictu quoque incredibile sit—, sic infelicia membra depasta est ut ossibus uix haererem. Interim parabantur exsequiae, et uitalis animae color toto frigente iam corpore in solo tantum tepente pectusculo palpitabat, cum subito raptus in spiritu ad tribunal iudicis pertrahor, ubi tantum luminis et tantum erat ex circumstantium claritate fulgoris, ut proiectus in terram sursum aspicere non auderem. Interrogatus condicionem, christianum me esse respondi. Et ille qui residebat: “mentiris”, ait, “Ciceronianus es, non Christianus; ‘ubi thesaurus tuus, ibi cor tuum’ ”.

Illico obmutui et inter uerba —nam caedi me iusserat— conscientiae magis igne torquebar illum mecum uersiculum reputans: “in inferno autem quis confitebitur tibi?” Clamare tamen coepi et eiulans dicere: “miserere mei, Domine, miserere mei”. Haec uox inter flagella resonabat. Tandem ad praesidentis genua prouoluti, qui adstiterant precabantur ut ueniam tribueret adulescentiae, ut errori locum paenitentiae commodaret exacturus deinde cruciatum si gentilium litterarum libros aliquando legissem. Ego qui tanto constrictus articulo uellem etiam maiora promittere, deiurare coepi et nomen eius abstians dicere: “Domine, si umquam habuero codices saeculares, si legero, te negaui”. In haec sacramenti uerba dimissus reuertor ad superos, et mirantibus cunctis oculos aperio tanto lacrimarum imbre perfusus ut etiam incredulis fidem facerent ex dolore. Nec uero sopor ille fuerat aut uana somnia quibus saepe deludimur. Teste est tribunal, ante quod iacui, iudicium teste est quod timui —ita mihi numquam contingat talem incidere quaestionem!—, liuentes habuisse me scapulas, plagas sensisse post somnum, et tanto dehinc studio diuina legisse quanto mortalia ante non legeram.

En uno de los prefacios de su comentario a la Epístola de San Pablo a los gálatas, Jerónimo confiesa a sus discípulas Paula y Eustoquio:

Vosotras mismas sabéis que desde hace más de quince años nunca he tenido en mis manos a Cicerón, nunca a Virgilio, nunca a escritor alguno de obras paganas. Si algo de ellos tal vez se me desliza al hablar, lo recuerdo como entre las nieblas de un antiguo sueño.⁵

Sin embargo, Rufino, por esos mismos años, en el curso de la agria polémica que sostuvieron, lo desmiente en estos términos:

Léanse ahora, por favor, las cosas que escribe, a ver si hay una página de su obra que no lo delate como ciceroniano empedernido, una página en la que no diga “pero nuestro Tulio”, “pero nuestro Flaco”, “pero Marón”. Más aún, para parecer docto y de muchas lecturas, arroja al rostro de los lectores, como humos y nieblas, a Crisipo, a Aristides, a Empédocles y los demás nombres de autores griegos. Finalmente, entre todo eso se jacta de haber leído unos libros de Pitágoras, cuya existencia aun los entendidos niegan, y edifica a unas damas con ejemplos tomados, no de las Sagradas Escrituras, sino de su Tulio, de su Flaco, de su Marón...

... Podría presentar también a numerosos testigos que viven en las celdas de mi monasterio; en el monte Oliveti muchísimos le han copiado los diálogos de Cicerón; yo mismo he tenido muchas veces esos cuadernos en las manos, y los he releído mientras se los escribían; y sé que pagaba mejor precio por este trabajo que lo que se suele pagar por otras transcripciones. Una vez vino a verme desde Belén a Jerusalén; había traído consigo un códice que contenía un diálogo de Cicerón y otro de Platón en griego. Me dio el códice, y durante mucho tiempo corrió este texto por casa. Ni él mismo podría negar esto.⁶

⁵ *Nostis enim et ipsae, quod plus quam quindecim anni sunt, ex quo in manus meas nunquam Tullius, nunquam Maro, nunquam gentilium litterarum quilibet auctor ascendit. Et si quid forte inde dum loquimur obrepit, quasi antiqui per nebulam somnii recordamur (Comm. in Epist. ad Galat., III, 485-486. Migne, XXVI, 427).*

⁶ *Relegantur nunc, quaeso, quae scribit, si una ejus operis pagina est, quae non eum iterum Ciceronianum pronuntiet, ubi non dicat: “sed Tullius noster, sed*

Y añade Rufino otro dato, que desde luego Jerónimo no podía negar ni negaría; por lo contrario, sería para él motivo de orgullo y satisfacción:

En su monasterio establecido en Belén hasta hace poco tiempo enseñaba todas las partes de la gramática. A los niños que le habían sido confiados para que los formara en el temor de Dios, les explicaba en la clase a su Virgilio, y además a los autores cómicos, líricos e históricos.⁷

Tertuliano había exclamado en un arranque violento de repudio por toda la cultura pagana: “¿Qué hay de común entre Atenas y Jerusalén, entre la Academia y la Iglesia?, ¿qué tienen que ver un filósofo y un cristiano, un discípulo de Grecia y un discípulo del cielo?”⁸ Jerónimo, tal vez citando o recordando a Tertuliano, se desahoga con su discípulo Eustoquio en la célebre carta 22:

¿Qué puede haber de común entre la luz y las tinieblas; qué consenso entre Cristo y Belial?, ¿qué tiene que ver Horacio con el Salterio, Virgilio con los evangelistas, Cicerón con el Apóstol?⁹

Flaccus noster, sed Maro. Jam vero Chrysipum et Aristidem, Empedoclem et caetera Graecorum auctorum nomina, ut doctus videatur, et plurimae lectionis, tamquam fumos et nebulas lectoribus spargit. Denique inter caetera etiam Pythagorae libros legisse se jactat, quos ne exstare quidem eruditi homines asserunt

... etiam testes quam plurimos habere possum, qui in meis cellulis manentes, in monte Oliveti quamplurimos ei Ciceronis Dialogos descripserunt, quorum et ego quaterniones, cum scriberent, frequenter in manibus tenui, et relegi, quod mercedes multo largiores, quem pro aliis scripturis solent, ab ipso eis darentur agnovi. Mihi quoque ipsi aliquando cum de Bethleem Jerosolymam venisset, et codicem secum detulisset in quo erat unus Dialogus Ciceronis, et idem ipse Graecus Platonis, quod dederit ipsum codicem, et aliquamdiu fuerit apud me, nullo genere negare potest... (Rufini Apol., II. Migne, XXI, 588-591).

⁷ ... in monasterio positus in Bethleem, ante non multo adhuc tempore, partes Grammaticas executus sit, et Maronem suum, Comicosque ac Lyricos et Historicos auctores, traditis sibi ad discendum Dei timorem puerulis exponebat (ibid.).

⁸ *De praescr.*, VII, 9.

⁹ ... *Quae enim communicatio luci ad tenebras? Qui consensus Christo et Belial? Quid facit cum psalterio Horatius? Cum euangeliis Maro? Cum apostolo Cicero?* (*Epist.*, XX, 29).

No podía menos que sentir como pecado el hecho de que frente a los textos de Cicerón, Virgilio y Horacio el lenguaje de las Sagradas Escrituras le pareciese rudo y desagradable. También Agustín había sentido aversión por el lenguaje de la Biblia; le había parecido grosero e indigno de compararse con la majestad de Cicerón.¹⁰ Jerónimo llegó a sobreponerse, no sin dificultad, y aun con voluntaria y laboriosa decisión, a este repudio. En un arrebatado de vehemente entusiasmo exclama:

¿Qué hay más armonioso que los salmos?... David es nuestro Píndaro, nuestro Simónides, nuestro Alceo, nuestro Horacio, nuestro Catulo...

Si me fuese lícito enseñar lo que he aprendido, y transmitir como un sacro legado los misterios de los profetas, de nosotros nacería algo que Grecia no posee...¹¹

Sin embargo, nunca se extinguió en él el hechizo de los autores clásicos. Para justificarse acudió una y otra vez a un célebre pasaje de las Sagradas Escrituras. Magno, celebrado orador de Roma, tal vez haciéndose eco de opiniones corrientes, censuraba el empleo abusivo de la literatura pagana en los escritos de Jerónimo. Éste, sorprendido por semejante crítica, se justificó en estos términos:

Había leído San Pablo en el *Deuteronomio* que por palabra del Señor se había mandado que a la mujer cautiva había que raparle la cabeza y las cejas, había que cortarle todos los pelos de su cuerpo y las uñas, para tomarla luego en matrimonio. ¿Por qué maravillarse, pues, si yo, atraído por el encanto de su habla y la belleza de sus miembros, quiero transformar la cultura profana, que es ahora esclava y prisionera, en israelita? Cuanto está muerto en ella, idolatría, placer, error y libidine, o lo corto o lo raigo, y, uniéndome a su cuerpo purísimo, engendro esclavos domésticos para el Dios Sabaoth.

¹⁰ *Conf.*, III, 5.

¹¹ Citado por Bignone, Ettore, *Historia de la literatura latina* (Buenos Aires, Ed. Losada, 1952), pp. 566-567.

Mi trabajo beneficia a la familia de Cristo, y mi estupro con una extranjera aumenta el número de los que conmigo sirven al Señor.¹²

La escuela del rétor no era sólo la fragua en que se forjaban los oradores, los abogados y los funcionarios del imperio; era también el taller de los escritores, quienes bebían ahí normas, procedimientos, esquemas, artificios.

Mucho se lamentaba Jerónimo de no poder limar sus escritos con la tranquilidad y el cuidado que él hubiera querido. Aquejado por la dolencia de los ojos ya desde su estancia en Constantinopla (379-382), se disculpaba en carta dirigida al papa Dámaso: “atormentado por el dolor de los ojos, estudio con los oídos y la lengua”.¹³ Y, poco después, en nueva carta explicaba al mismo pontífice:

No dudo que te parezca inculto el discurso de nuestra pequeñez. A menudo he deplorado que no pueda pulir su lenguaje sino quien lo haya limado con su propia mano. Perdona, pues, a mis ojos dolientes, es decir, perdona a una persona que dicta.¹⁴

Mucho después, en el comentario a la epístola de San Pablo a los gálatas, confesaba a Paula y Eustoquio su pesadumbre por que no podía pulir sus escritos como Virgilio sus poemas:

¹² *Legerat Paulus in Deuteronomio Domini uoce praeceptum mulieris captiuae radendum caput, supercilia, omnes pilos et ungues corporis amputandos, et sic eam habendam in coniugio. Quid ergo mirum, si et ego sapientiam saecularem, propter eloqui uenustatem et membrorum pulchritudinem, de ancilla atque captiua Israehelitin facere cupio, si quidquid in ea mortuum est idololatriae, uoluptatis erroris, libidinis, uel praecido uel rado, et mixtus purissimo corpori uernaculos ex ea genero Domino Sabaoth? Labor meus in familiam Christi proficit, stuprum in alienam auget numerum conseruorum (Epist., LXX, 2).*

¹³ 16... *ocularum dolore cruciati, auribus tantum studemus et lingua. (Epist., XVIII A, 16).*

¹⁴ 42... *Non ambigo quin inculta tibi nostrae paruitatis uideatur oratio; sed saepe causatus sum excoli non posse sermonem, nisi quem propria manu limauerit. Itaque ignosce dolentibus oculis, id est ignosce dictanti... (Epist., XXI, 42).*

¿Hablaré? Pero toda la elegancia de mi lenguaje y la belleza de mi elocución latina han sido afeadas por las estridencias de mis lecturas hebreas...

Al juicio de los demás dejo el apreciar hasta dónde avancé en mi infatigable estudio de aquella lengua (el hebreo); yo sé muy bien cuánto he perdido en la mía. A esto se añade el hecho de que ya no escribo con mi propia mano, a causa de la dolencia de mis ojos y de todo mi pobre cuerpo; ni logro compensar la morosidad de mi expresión con mi esfuerzo y diligencia. Virgilio, según cuentan, daba forma a sus libros lamiéndolos como hacen las osas con sus crías.

Llamo a un amanuense, y le dicto de inmediato lo que me viene a la boca. Pero, si me detengo a pensar para poder redactar algo mejor, entonces él me reprende sin decir nada, contrae la mano, frunce el ceño, y con el gesto de todo su cuerpo protesta que su asistencia es inútil.¹⁵

El conflicto entre la cultura pagana y la religión cristiana, que había parecido muchas veces irreductible en Tertuliano, en Jerónimo parece tener una solución posible y deseable. La cultura pagana no es sólo la espada de Goliat —imagen del agrado de Jerónimo—, que David le arrebató para darle muerte; es la mujer —imagen grata también a Jerónimo— con cuyo ayuntamiento se engendra el nuevo hombre cristiano.

¹⁵ *Loquar? Sed omnem sermonis elegantiam latini eloquii venustatem stridor lectionis Hebraicae sordidavit. ... Quod autem profecerim ex linguae illius infatigabili studio, aliorum iudicio derelinquo: ego quid in mea amiserim, scio. Accedit ad hac, quia propter oculorum et totius corpusculi infirmitatem manu mea ipse non scribo; nec labore et diligentia compensare queo eloquii tarditatem: quod de Virgilio quoque tradunt, quia libros suos in modeum ursorum fetum lambendo figuravit. Verum accito notario, aut statim dicto quodcumque in buccam venit; aut si paululum voluero cogitare, melius aliquid prolaturus, tunc me tacitus ille reprehendit, manum cantrahit, frontem rugat et se frustra adesse, toto gestu corporis contestatur (Comm. in Epist. ad Galat., III, 483-486. Migne, XXVI, 427).*